

*Lo que te doy es nada:
una sombra en la noche, una arena en la playa,
una flor en el campo, una gota en el agua...
pero te doy con ello el corazón y el alma
y todos mis latidos y toda mi esperanza.
Lo que nunca sabría decirte con palabras (...)
Yo pongo lo que puedo, tú dame lo que falta.*
(Ernestina de Champourcin. "El nombre que me diste")

Hace dos años pensé en otro título para este pregón, pero en la espera he optado por tomar prestado este otro que nos declarara Santa Teresa de Jesús:

EN TIEMPOS RECIOS, AMIGOS FUERTES DE DIOS

que se acomoda perfectamente a la época que nos ha tocado vivir y enmarca el contexto histórico de esta alocución que ha aguardado más tiempo del que hubiéramos imaginado, y que nos enseña que la única certidumbre que tenemos es que la incertidumbre no va a faltar.

Solo hay que asomarse a la ventana del mundo para ser conscientes de que vivimos en una época llena de incertidumbre, de conflictos, tensiones y pérdida de valores. Creemos que nos ha tocado vivir tiempos excepcionales, pero en realidad no ha cambiado la necesidad de asumir las incertidumbres. Las dimensiones de las cuestiones a las que se enfrenta una persona se han modificado de tal forma que lo que servía hace unos pocos años hoy ha quedado obsoleto.

La rapidez de las transformaciones obliga a una modificación en los modos de respuesta. Lo que ayer era certeza hoy es duda y mañana quizá mentira.

Realmente estamos en una encrucijada histórica en la que, cada cual, en su espacio personal, familiar, profesional, empresarial, político, etc., se juega algo: su credibilidad, su eficiencia y su propio futuro.

La pandemia y la guerra que se libra en Ucrania, nos han recordado, a toda la humanidad, que los fallos sistémicos son reales, dramáticos y palpables. Ante su gravedad sólo cabe enfrentar nuestra existencia sin rodeos.

Pero, para un cristiano, ¿la única certidumbre es que la incertidumbre no va a faltar?

Permitidme dedicar este pregón **a la fe**, que es siempre **una invitación a traspasar fronteras** porque abre una brecha en un horizonte cerrado. Es la visión de una perspectiva nueva que se ofrece.

Damas de mantilla, capataces, costaleros, nazarenos y hermanos de fila de la Real y Muy Ilustre Hermandad del Santísimo Cristo del Mar, Nuestra Señora de los Dolores Coronada y San Juan de la Palma y de las Reales Hermandades de Jesús en Samaria, Santa Oración en el Huerto y Santísima Virgen de la Paz y del Santísimo Cristo de las Penas y Santa Mujer Verónica de Alicante:

“Vosotros sois el único Evangelio que leerán muchas personas”. Cuánto agradecimiento al Señor porque os permite ser en estos días de Semana Santa, el Evangelio que leerán muchas personas que se acerquen, con curiosidad, a contemplar vuestros pasos, pasos en un doble sentido: las imágenes que acompañáis y el camino que recorréis.

Dios no ha querido ser simplemente una palabra que se escucha, sino una vida que se encuentra, que es percibida por todos los sentidos. Estos días contemplando vuestras imágenes, me doy cuenta una vez más, que la sensibilidad artística, la poesía, el arte, la belleza son sin duda un lugar privilegiado de encuentro con el Dios de la vida. Vivencias de artistas, escultores, compositores, poetas, místicos nos ayudan a acercarnos a Dios también por estos caminos.

Doy gracias a Dios y a vuestros más de 100 años de existencia por regalarnos tanta belleza.

Chesterton, habló de la belleza de la fe con estas palabras:

“Tener fe, es una "dulce" vivencia: ni absorbe ni aplasta, ni limita ni recorta. Todo lo contrario, es el bálsamo que cierra todas las heridas, seca todas las lágrimas. Simplemente... porque Él está ahí, dentro y alrededor, a un lado y al otro, antes y después de todo... ¿a quién dar las gracias por la belleza, por el arte de músicos y pintores, por los buenos sentimientos y emociones, por el amor...? El peor momento del ateo es aquel en el que se siente agradecido y no sabe a quién darle las gracias”

Contemplar una imagen nos ayuda, pero más creo yo que nos ayuda dejarnos contemplar. Vosotros tenéis la oportunidad de estar muy cerca de esas preciosas imágenes, haced la prueba, dejad que os miren...

Aguantar la mirada al Cristo del Mar sufriente, nos cura profundamente de nuestras pretendidas omnipotencias. Sana nuestras heridas y nos regala esperanza y futuro.

Pero si no estamos atentos, la contemplación de la Pasión puede convertirse en un ir y venir de emotividades, bastante superficiales, que duran poco y no llevan a ninguna parte.

Si nos abrimos al Dios de San Pablo en la primera carta a los Corintios, en la Pasión vamos a contemplar no el Amor de Dios sino a Dios que es Amor y vamos a ver cómo es ese Dios Amor, conmigo: paciente, amable, no lleva cuentas del

mal, goza con la verdad, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta... Dios se fía de mí, sigue confiando... todo lo cree, todo lo espera...

Contemplando despacio y con profundo agradecimiento este inmenso **amor que sobrepasa todo conocimiento** es seguro que, **en estos tiempos recios, la experiencia de estos días de Semana Santa nos conduzca a la certidumbre que nos aguarda como cristianos ..., cristianos amigos fuertes de Dios.**

Representante de la Junta Mayor de Hermandades de la Semana Santa de Alicante

Consiliario y Párroco de Santa María, Manuel Martínez

Hermano Mayor y Junta de Gobierno de las Reales Hermandades

Bellea del Foc, Marina Niceto

Representante de la Federación de Hogueras,

Representantes de otras Cofradías y Hermandades

Dignísimas autoridades,

Señoras y Señores.

Nos recuerdan las crónicas que el domingo, 8 de octubre de 2017, la Basílica que hoy nos acoge se iba llenando, que Alicante quiso acompañarla, y que a las doce se abrieron de par en par las puertas para que entrase en procesión el obispo de Alicante, monseñor Jesús Murgui, para coronar a la Señora.

También cuentan y se guarda fiel testimonio de que al fin, llegó el esperado momento, la corona de la Virgen, Dorotea Bravo y Carlos Castillo como padrinos.

La Basílica rompió en aplausos, vivas a la Virgen y llantos al son del Himno de la Coronación interpretado por el Coro de Antiguos Alumnos del Colegio Inmaculada Jesuitas de Alicante que acompañó toda la celebración con sus voces. El acto tuvo como broche de oro, y como es tradición en la Hermandad, el canto de la Habanera de la Virgen de los Dolores.

Concluye la memoria escrita del solemne acto de Coronación y de la Procesión Extraordinaria que la sucedió, recordando que la Hermandad cumplimentó la efeméride con una "corona social".

Muchas veces en la vida tenemos la tentación de juzgar en lugar de acoger. Cuando me propusieron este pregón mi primer pensamiento fue si merecía, después de todo lo vivido, con tanta emoción, con esta muy querida Hermandad, más afecto y más generosidad de los que ya me habíais demostrado durante nuestra intensa relación institucional a lo largo de tantos años.

No dudé porque no me sintiera inmensamente agradecido por el ofrecimiento y reconocido por quienes me lo estaban pidiendo, sino porque pensé que las personas que acudieran hoy aquí merecían escuchar algo excelente, tan sobresaliente como los pregones que habían sido declamados con anterioridad en esta Basílica de Santa María.

Pero enseguida, cuatro argumentos hicieron imposible que yo me negara, cuatro razones, en este caso, con nombre y apellidos: Emilio Martínez, Fernando Candela, Alfredo Llopis y Andrés Sevilla. Como comprenderéis, no me podía negar, a pesar de lo exigente del desafío.

Por tanto, en esta noche, mi recuerdo y mi gratitud por vuestra confianza que me habéis demostrado, de muchas maneras y en tantas ocasiones, desde el primer momento en que os conocí, a cada cual por separado y por diferentes motivos. La vida nos va regalando encuentros, vamos encontrando personas por el camino, nos vamos ayudando unos a otros a crecer. Y yo he crecido con vuestra amistad y con vuestra Hermandad, pues como hermanos os siento.

Desde bien niño, cogido de la mano de mi madre, viví la Semana Santa con profundidad y hondura. Envuelto en el estricto y sobrecogedor silencio de la noche, a penas roto por el sonido de la esquila y el timbal destemplado, llevados por la devoción, intramuros del espacio monumental de mi Cáceres natal, apenas iluminado el Cristo Negro por hachones de fuego, experimenté y entendí que la muerte no tiene la última palabra.

Tampoco la ha tenido con las personas queridas a quienes hemos despedido en los últimos tiempos. Y aunque no puedo citar a todos, como quisiera, recuerdo hoy, especialmente, con sereno y *machadiano* sentimiento, a Luis Delgado de Molina, quien más que un **hombre** al uso que sabe su doctrina, fue, en el buen sentido de la palabra, **bueno**.

Jesús se lo prometió a Marta cuando acababa de perder a su hermano Lázaro: *“Quien cree en mí aunque haya muerto, vivirá”*. Es una promesa para todos. Una promesa que recorre la historia, nuestra historia, la historia de cada uno de los que hoy estamos aquí. Todos vamos perdiendo gente por el camino y esas palabras de Jesús nos llaman a reflexionar sobre la vida, para que la entendamos antes de perderla o mejor, de entregarla, porque **quien ha ido entregando su vida en el día a día, la muerte ya no puede quitarle nada, está ya todo entregado**. *“El que pierda su vida por mí, la encontrará”* (nos advierte Mateo en su Evangelio).

Hay otras razones por las que os debo agradecer vuestra invitación para acompañaros hoy. Una es el inmenso amor que tengo a esta mi ciudad, Alicante, que me acogió hace 25 años. *“De Alicante a la Gloria”* que, sospecho, han de parecerse mucho. Aquí está y estarán hasta el final de mis días, mi vida, mi

esposa, mis hijos, mi carrera profesional, la huella de mis amigos, los diferentes cargos que he tenido el honor de ostentar para servirla lo mejor que he podido.

Y otra definitiva razón para aceptar este pregón, lo que me ayuda a superar mi íntimo duelo con la genialidad de los que me han precedido en el lance, es la oportunidad que me brindáis para compartir con vosotros mi humilde experiencia de mi encuentro con Dios. Tener que hablar de Él ante todos ustedes, es algo por lo que me siento muy afortunado y minimizan el desafío de expresar mi vivencia particular de la Semana Santa en Alicante.

Mi acercamiento al mundo de las hermandades y cofradías de Alicante ha sido, creo, el mejor acercamiento posible: conociendo a los que vibran con él. No hay teorías, hay vivencia. Detrás de toda realidad, he descubierto personas que ponen lo mejor de sí mismas para que podamos vivir todos y cada uno de los días de la Semana Santa alicantina con intensidad.

Os invitaba en mi exordio a descubrir la **certidumbre** del Dios que es Amor, en todos y cada uno de los días de esta Semana que comenzamos.

Tengo para mí que el **Domingo de Ramos** es, de algún modo, como el pórtico de la Pasión y una especie de pregón. Ese pregón en el que se contiene todo. Desde la alegría en la memoria de esa entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, para acabar contemplando al crucificado. Este contraste nos invita a celebrar la cara y la cruz de la vida.

Es verdad que el Domingo de Pascua, estaremos celebrando con júbilo la resurrección. Nuestra memoria de fe, cada procesión, cada eucaristía, cada ciclo litúrgico, es hacer este recorrido entre vida, muerte y resurrección. Un recorrido en el que nos asomamos a lo más fecundo, gozoso y alegre, pero también a lo más difícil y lo más árido.

Estamos invitados desde el Domingo, a contemplar la vida en todas sus aristas y vértices. La alegría, el júbilo, el éxito, el sentido... Sí; pero también la dificultad, la soledad, el fracaso, la enfermedad, ... La cara y la cruz. La cruz y la resurrección.

Quizás los días de estos últimos tres años que nos separan desde la celebración en las calles de Alicante de nuestra Semana Santa, estamos siendo más conscientes de los límites. Estos últimos años las circunstancias nos han venido a recordar que la vida no es solo la cara brillante.

Lo que vamos a celebrar esta semana es todo, lo bueno y lo malo, la luz y la sombra. Es verdad que en el horizonte está la resurrección. Pero no podemos llegar a ella sin pasar por la cena, por Getsemaní y por la Pasión. Del mismo modo que en la vida no podemos llegar a la plenitud sin abrazar la cara y la cruz.

Caminemos hacia la resurrección y que sea para todos, un triunfo con historia. Será el amor que ha sido capaz de atravesar la vida y la muerte. **Será la belleza con cicatrices. Y será la fe que se ha arriesgado a salir a la intemperie y ha vencido a la tormenta.**

El **Lunes Santo**, nos conduce a meditar la pasión y muerte de nuestro Señor. La aventura vital de Jesús es un trasunto de nuestra propia vida. Jesús entregó su vida en la cruz, como la había ido entregando a lo largo de toda su existencia mientras cumplía la misión que el Padre le había encomendado, y la recobró en la resurrección, en una existencia nueva gloriosa y feliz para sentarse a la derecha del Padre. Este misterio pascual de Jesús es también nuestro misterio pascual. Pues nuestra aventura vital consiste, como la de Jesús, en desarrollar nuestra existencia entregando la vida en el servicio hasta confiarla a las manos de Dios en nuestra muerte para recobrarla en la vida eterna, en la que Jesús nos ha precedido como nuestro hermano mayor.

La pandemia, que parece vamos dejando atrás, nos ha impuesto sacrificios y renunciaciones, y ello es una demostración patente de que nuestra existencia es misterio pascual, es decir, misterio de entrega de la vida hasta la muerte para recobrarla en la resurrección. Misterio es una palabra griega que significa lo que está encerrado. Lo encerrado no se aprecia a primera vista, sino que es necesario profundizar, penetrar en ello para ver lo que está oculto y comprender su sentido.

Quisiera rogaros que esta Semana dediquemos algunos momentos para dejarnos mirar por Dios, con esa mirada sanadora, cariñosa, de Padre, que mira el corazón y no las apariencias; un Padre que se deja conmover por la humildad y la verdad de sus hijos. Un Padre que conoce el tesoro que llevamos dentro y el barro del que estamos hechos. Que nos está diciendo, allí en lo íntimo de cada uno: **«Hoy ha llegado la salvación a esta casa».**

En esta Hermandad me habéis enseñado otra manera de **ver, vivir y sentir el Martes Santo**, así que muchas gracias de corazón por compartir conmigo algo tan vital para vosotros. Porque gracias a vosotros, los alicantinos tenemos otra certeza, la certidumbre de que la Pasión es, por supuesto, la pasión de Jesús, pero es también la historia de muchas otras pasiones.

El Martes Santo, el **Cristo del Mar** y la **Virgen de los Dolores**, nos convocan para rezar despacio la oración que Él nos enseñó. Y al terminar de rezarla, cuando concluya la procesión, dejemos que sus palabras nos ayuden a mirar nuestro interior y a examinar nuestra conciencia.

En el interior de la Basílica de Santa María, con el sonido de los tambores de Monóvar abriendo el cortejo junto a la Cruz de Guía, clamemos: **PADRE NUESTRO...** Déjame experimentarte como Padre querido y cercano, poner en ti mi total confianza y tratar a los demás como hermanos.

Superado el pórtico, desde vuestros corazones henchidos de emoción, cantemos: **SANTIFICADO SEA TU NOMBRE...** Ayúdanos a vivir de tal manera que los demás alaben y glorifiquen a Dios por nuestras obras de justicia y santidad. Ten sitio en mi vida, en mi pensar, sentir y actuar.

En la doble *revirá* que corresponde a la altura del Convento de las Monjas de la Sangre, roguemos: **VENGA A NOSOTROS TU REINO...** Quisiera estar dispuesto a hacer realidad el sueño de Dios en mi vida, ofrecer esperanza a quienes no tienen nada que esperar, acoger a quienes no tienen sitio ni nadie los mira, defender a quienes no pueden defenderse, hacer justicia a quienes son tratados injustamente, ser manos de ternura en los tiempos duros que nos toca vivir.

En la estación de penitencia en la Concatedral de San Nicolás, seamos valientes: **HÁGASE TU VOLUNTAD...** cargando tu cruz me abro al querer de Dios y dejo de ponerme a la defensiva porque acepto que la «voluntad de Dios» no es «hacer mi voluntad».

De regreso a la Basílica, en cada *levantá* de nuestra Madre al cielo, te pedimos: **DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA...** contemplando tu sufrimiento, te doy gracias por el alimento que recibo y por todas las posibilidades que, Señor, me ofreces cada día. Sólo por ello estaré dispuesto a reducir mis exigencias para poder compartir con los demás el pan material y el pan de mi sabiduría, de mi cultura, de mi tiempo, de mi cariño y cercanía.

Por las calles del casco histórico, con el aliento de nuestro pueblo, imploremos: **PERDONA NUESTRAS OFENSAS...** Estoy convencido de que eres Padre y eres Madre, de que eres un Dios de perdón. Me siento pecador y necesitado de tu perdón gratuito.

Después de entonar la Habanera de los Dolores, exhaustos tras concluir la *cangrejá*, oremos: **NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN...** Señor, cuánto me cuesta reconocer las tendencias contradictorias que siento en mi interior, mantenerme vigilante y despierto. Acudo confiado a Ti para pedir tu protección bondadosa frente al mal que me acecha de formas distintas.

Y envueltos en el silencio del encuentro del Cristo con su Madre, traspasando de nuevo el pórtico para guardar vuestras veneradas imágenes hasta el próximo año, estremecidos, supliquemos: **LÍBRANOS DEL MAL ...** A tus pies abatido por el cansancio, ahora lo sé: solo hay una manera de luchar contra el mal y es hacer el bien.

Hubo una mujer que abrió su vida entera a Jesús cuando todos le cerraron las puertas: *"vino a los suyos y los suyos no le recibieron..."* dirá San Juan en el prólogo a su Evangelio; pero sí, sí que hay alguien que lo recibió. Jesús tuvo lo mejor que se puede tener en esta vida: una madre que lo abrazó y acarició. Jesús tuvo una Madre que siempre estuvo a su lado. También en los momentos más terribles, cuando bajaron su cuerpo de la cruz, por eso es tan necesario vivir este tiempo de acogida y ternura con ella.

En los versos del poeta José María Gabriel y Galán se invoca con devoción el dolor de nuestra Madre:

Dolor

- I -

Débil corazón humano
que fuiste de dichas nido
y hoy te lamentas herido
por un destino tirano:

corazón que en viejos días
viste un mundo todo amores,
una tierra toda flores
y un cielo todo alegrías;

corazón que ayer cantabas
con musicales dulzuras
la canción de las venturas
que feliz paladeabas,

y hoy en doliente clamor
dices que estás afligido,
que estás mortalmente herido
por el puñal del dolor;

corazón de fe dormida
que gritas mirando al cielo:
«¡No hay duelo como mi duelo,
ni herida como mi herida!»;

ruin corazón pecador
que miras solo a ti mismo:
¿has medido tú el abismo
del más inmenso dolor?

- II -

Corazón poco paciente:
¿ves la imagen dolorosa
que en procesión lacrimosa
conduce piadosa gente?

Abre el alma a los fulgores
de aquella enlutada estrella:
¿tú sabes quién es aquella?
¡La Virgen de los Dolores!

¿Sabes la divina historia
de aquella que es madre tuya?
Hízola Dios Madre suya;
¿pudo Dios darle más gloria?

¿Habrá semejante amor
al que con hondas ternuras
sintió en sus entrañas puras
la Madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar,
ni en sueños puede haber visto
lo que la Madre de Cristo
pudo a Cristo Dios amar?

Entonces, ¿cómo medir
la inmensa hondura insondable
del dolor inenarrable
de ver al Hijo morir?

Verlo vilmente azotado,
horriblemente escupido,
despiadadamente herido,
bárbaramente clavado;

verlo Mártir del Amor
de la ruin humanidad
y ver nuestra iniquidad,
¿cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores
duelos jamás bien contados,
sufrió por nuestros pecados
la Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida
que a Dios, gritando, mostrabas
la sangre que derramabas
de tu levísima herida:

mira esos siete raudales
que de esas entrañas puras
derraman las puntas duras
de siete agudos puñales.

Sabe la santa ambrosía
que en este abismo se encierra
y adora, rodilla en tierra,
¡los dolores de María!

El **Miércoles Santo** tenemos otra clave de la Semana Santa: **el sufrimiento no salva, lo que salva es el Amor** y amar así, desinteresadamente, gratuitamente, sin esperar nada a cambio, te hace vulnerable frente al que amas.

El Dios al que encontramos no es, muchas veces, el que buscamos, ni se nos revela exactamente allí donde lo buscábamos o al modo como lo buscábamos, sino que más bien nos sorprende, nos desconcierta y nos desborda por todos lados.

A Dios no se le encuentra ya en lo fuerte, sino en lo débil. No se le encuentra en lo grande, sino en lo pequeño. No se le encuentra en lo grandioso y lo poderoso, sino en el servicio, en la acogida de la debilidad, en la entrega, en el amor hasta el extremo. **En la entrega de la vida para que otros puedan vivir.**

Tal vez también nosotros, hoy, en las 30 monedas de Judas, vemos pequeñas negaciones y traiciones a Jesús. Es difícil vivir el estilo de vida de Jesús y es muy fácil acomodarse. El estilo de vida de Jesús, con lo que tiene de intemperie, de inseguridad, de renuncia, de apuesta, de amor desnudo, es difícil.

En palabras del sacerdote jesuita José María R. Olaizola:

Judas es para nosotros el que nos recuerda que hay caminos que solo conducen a callejones sin salida. Que hay vidas que se quedan tan solo en una pálida versión de lo que podrían haber sido. Que hay gente que, pudiendo cantar, se

queda en silencio. Pudiendo volar, se encadena al suelo. Pudiendo caminar con Jesús, a veces nos quedamos encerrados en la celda de las vidas grises.

30

30 monedas de plata;

30 sacos de razones;

30 gestos de egoísmo;

30 reflejos vacíos.

30 miradas hirientes;

30 silencios cómplices;

30 perdones negados;

30 ofensas gratuitas.

30 piedras arrojadas;

30 mentiras;

30 desprecios;

30 objeciones.

30 golpes injustos;

30 veces fallar al amigo;

30 decepciones;

30 promesas incumplidas.

Eterna incomprensión

de tu evangelio, de tu Reino.

Y una pregunta, necesaria,

para no caer en la ceguera

de quien no quiere ver...

¿Soy yo, Maestro?

Aún estamos a tiempo de quedarnos a la cena con él. De sentarnos a compartir su pan, su paz y su palabra. De sentir que nos invita tal y como somos, confiando en nuestra fragilidad para poder ser su reflejo. Aún estamos a tiempo de compartir su camino.

De nuevo **María** nos coge de la mano en ese camino. El Hágase de María se une a los otros tres Hágase de la historia de la Salvación.

Dos pronunciados por Dios, dos pronunciados por el ser humano. Los dos, mano a mano, poniendo en juego lo más precioso: la libertad.

El primer “Hágase” es el de Dios en la creación: “*Hágase la luz*” (Gn 1,3) y la Luz brilló en la tiniebla y la vida empezó...

El segundo “Hágase” es el de María en la Anunciación “*Aquí está la Esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*” (Lc 1, 38) y la Palabra se hizo Carne y la vida y la esperanza tomaron rostro y nombre: Jesús de Nazaret.

El tercer “Hágase” que recorre la historia es el de Jesús en Getsemaní: “*No se haga mi voluntad sino la tuya*” y la vida volvió a empezar y la muerte no tuvo ya la última palabra.

Falta el último “Hágase” y ese es el nuestro, el tuyo, el mío, el que repetimos cada día, libremente, al rezar el Padrenuestro “*Hágase tu voluntad...*”.

Si cada uno de nosotros echamos la vista atrás y miramos a algunos momentos de nuestra historia, hay instantes en que nos vemos al borde de un abismo. Y nos preguntamos ¿Qué habrá si caigo?

Probablemente Jesús en este tiempo es lo que va sintiendo. Presión, la acusación de quien no comprende su mensaje, rechazo, amenazas, miedo, la ira de los discípulos, soledad. Todo esto forma parte del «hoy» de Jesús, en la tarde del **Jueves Santo**. Sabiendo Jesús que había llegado el momento.

En ese tiempo de decisiones, vértigo, riesgo y peligro, las opciones más fáciles, frecuentes y comprensibles serían huir, luchar o negar todo lo dicho hasta ahora.

Pero Jesús no hace nada de esto, sino que va a hacer algo muy diferente. Dos pasos muy distintos. Junta a sus amigos para celebrar una cena. Sí, la cena de la pascua judía, pero con una trascendencia bien especial. Les va a hablar de amistad, de amor, les va a abrir su corazón. Celebrar la vida, el amor y la amistad.

Lo siguiente que Jesús hará será levantarse, ceñirse una toalla y lavar los pies de los discípulos. Ese gesto tiene la fuerza de una imagen poderosa. El contenido de un rey que elige servir. Jesús no busca lo mejor para él en este momento. Vuelve a recordar, con un gesto, lo que ha sido su enseñanza constante. Yo estoy aquí como el que sirve. Y ahí tenemos la doble enseñanza de Jesús, en el momento más trascendental de su vida: *Amar y Servir*.

Esas son las respuestas de Jesús ante las encrucijadas de la vida, en coherencia radical con lo que ha ido haciendo en todo su camino.

Para nosotros es un acto de una *lógica invertida*.

En nuestro mundo sirves más cuanto más bajo estás. Cuanto más poder tienes más gente te sirve. Cuanto más mandas más te obedecen. Y de golpe nos encontramos, otra vez, con la lógica de Dios, que nos recuerda que la altura solo sirve para agacharse, y, con más perspectiva, ver mejor lo que puedes hacer por otros. Cuantos más talentos, más capacidad de ponerlos a rendir. Cuanta más bendición ha habido en nuestra vida, más llamada a compartir. Cuanto más hemos recibido, más estamos llamados a sembrar. Eso es el servicio, la lógica profunda que Jesús nos enseña.

¿Estamos nosotros a la altura? Se trata de aceptar su invitación:

Podréis hacer esto, como yo lo hago. Y cuantas veces lo hagáis, lo estaréis haciendo en memoria mía.

El **Viernes Santo** contemplamos la cruz que nos hace humanos, contemplamos la pandemia que nos hizo a todos víctimas, contemplamos nuestro dolor y nuestro miedo, contemplamos en el fondo, una oportunidad para reposar y acoger desde el corazón, a los ojos de Dios, y en comunión con tantas personas, lo que nos toca vivir como humanidad.

Y viéndote en la cruz descubro, un año más, que el sufrimiento es viejo compañero de la humanidad, que nuestras vidas, también se dan de bruces con la fragilidad y con la muerte.

Que nuestra humanidad también se para y se duele, se desorienta y se confunde. Y que viéndote a ti, Padre, no podemos dejar de hacernos la pregunta, de reflexionar sobre el sentido último de la vida, sobre dónde está lo importante, ¿qué merece la pena? O, mejor dicho, ¿qué merece la vida?

Nadie puede estar este Viernes ajeno a estas preguntas. Probablemente lo que nos diferencie es lo que hacemos con ellas. Desde este hondón existencial en el que estamos todos, obligados por las circunstancias, nos acercamos a celebrar el Viernes Santo que no es celebrar la muerte de Jesús y su agonía, esto sería masoquismo. Celebrar el Viernes Santo es celebrar que en la muerte de Jesús y su agonía se desvela, se revela, se muestra, se nos dice, el Dios cristiano.

Un Dios que se revela en la historia, se encarna, se manifiesta en los acontecimientos, es Dios-con-nosotros.

Un Dios para quien nada de lo humano es ajeno.

Un Dios que está en la realidad porque «*la realidad no es atea*». Dios está ya ahí habitando y operando hasta en las realidades oscuras, dolientes, en las que no nos gusta mirar. Un Dios que tiene una opción por los más pequeños. Es Dios de todos –por supuesto–, pero que tiene una preferencia, que se revela y habita con

especial densidad en la vulnerabilidad, en lo enfermo, lo excluido, lo pequeño, lo sufriente, y hasta en la muerte.

Tu cruz, hoy, nos llama a enfrentarnos a lo más hondo de nuestro ser hombres y ser mujeres.

Esa lógica que nos habla de que el sentido de nuestra vida nace de la debilidad y no del poder, de la derrota y el fracaso y no de la fuerza o la violencia, del servicio y de la entrega y no de la dominación.

Esa lógica que vamos aprendiendo con los años, que nos dice que el dolor, el sufrimiento e incluso la muerte, por mucho que nos asusten y los evitemos, no son el criterio de nuestra vida. Por eso la cruz también nos libera: porque tras contemplar tu cruz, Dios, nos invitas a colocar en medio de nuestra vida tu sueño sobre cada uno de nosotros, la voluntad del Padre, que es el horizonte más auténtico y pleno al que puede aspirar el ser humano. Al contemplar tu cruz perdemos el miedo y podemos buscar así la VIDA en mayúsculas sin ningún tipo de pudor, puesto que vamos comprendiendo que el sufrimiento y el dolor son compañeros de camino, pero no tienen la última palabra.

Quizá hoy, la respuesta solo sea el silencio.

Pero no apartemos la mirada porque en esa cruz está el camino que nos hace plenamente humanos, plenamente hijos de Dios, plenamente fecundos y hondamente felices.

Cuando por fin alcancemos la **Vigilia Pascual y la Resurrección** nuestra fe nos abrirá a la esperanza.

Esa noche celebramos la verdad central de nuestra fe y de nuestra esperanza, la resurrección de Jesús de Nazaret, nuestro Señor.

Habremos alcanzado nuestra certidumbre en un mundo de incertidumbre, en estos tiempos recios.

Os deseo, pues, que viváis la celebración con una alegría semejante a la que embargó a las mujeres que fueron al sepulcro, al despuntar la mañana del domingo, y a la que llenó el corazón de los primeros discípulos, cuando a lo largo del día se les apareció el Señor vivo, vencedor de la muerte, a quien habían visto padecer, unas horas antes, la injusticia de los hombres y el aparente abandono de Dios.

Os invito, en definitiva, a que, desde nuestra fragilidad, nuestras confusiones e inquietudes, miremos esa cruz, y recemos con las palabras de Unamuno:

*«Dinos, “Yo soy”,
para que en paz vivamos,
no en soledad terrible
sino en Tus manos».*

Muchas Gracias

Carlos Castillo Márquez

Alicante, 1 abril 2022

“als ich kan”

(Como Mejor Puedo)